

El año pasado tuve el regalo de ir durante unos meses al Centro San Juan de Dios de Ciempozuelos, y estas visitas marcaron todo mi primer año en el seminario. Podría decir sin ningún complejo que, cuando íbamos por las tardes los viernes, no “hacíamos” nada.

Paseábamos durante horas por el módulo de discapacitados mentales, que consta de varios pisos según el grado de dependencia de los internos, y pasábamos el tiempo en los distintos pisos, en las salas y en las habitaciones. En algunos casos había enfermos con los que se podía tener una conversación parecida a la que se puede tener con un niño de 5 años. En la mayoría de los casos, sin embargo, ante cualquier pregunta, broma o canción, las reacciones de los enfermos eran, o bien nulas, o bien consistentes en miradas o sonidos imposibles de interpretar. Había enfermos que no reaccionaban absolutamente nada independientemente del tiempo que estuvieras con ellos, y algunos que incluso parecía que les molestara nuestra presencia.

Era a veces frustrante. Nos era fácil sentirnos impotentes, incapaces de entablar una conversación con ellos. Y creo que fue justo por esto por lo que fue tan increíble. Mi compañero y yo comentamos muchos viernes que íbamos simplemente a querer a esa gente, no podíamos “aportarles” nada, no podíamos ayudarles con nada, éramos completamente inútiles, y eso es lo que hizo de San Juan de Dios tan formativo. Nos dejó claro, desde el principio de nuestro seminario, que no hemos dado un sí a ser empleados útiles y eficientes de Dios, sino a ser suyos, a recibir por completo su amor en tal intimidad que nos haga llevarlo allá donde la Iglesia nos pida, como simples instrumentos, embudos de gracia que Él elija cómo usar.

El contacto con el pobre y el sufriente me hace recordar que mi vocación se define y realiza en el **ser antes que en el hacer**. Me hace encontrarme cara a cara con el amor de Dios, un amor fuera de los libros y de los razonamientos, un amor que recibo en primer término en la Eucaristía, y que Él se encarga de darme a través de aquellos que son sus favoritos, los más pobres. De esta manera, el contacto con el sufriente me permite recordar el misterio que es el amor de Dios:

Hoy y siempre, «los pobres son los destinatarios privilegiados del Evangelio», y la evangelización dirigida gratuitamente a ellos es signo del Reino que Jesús vino a traer. Hay que decir sin vueltas que existe un vínculo inseparable entre nuestra fe y los pobres. Nunca los dejemos solos.

El sufrimiento ajeno no deja indiferente a nadie. Sin embargo, su mera observación no es suficiente, necesitamos aprender a contemplar y a convivir con el sufrimiento de otros. Ante la realidad del sufrimiento hay dos peligros en los que todos podemos caer: la superficialidad y la pena.

En el primer caso, podemos cometer el error de ver el sufrimiento de las personas simplemente desde su perspectiva material, menospreciando el dolor que pasan aquellos que experimentan la soledad interior. La falta de contacto con el sufrimiento real nos puede hacer caer fácilmente en la superficialidad, forjando inconscientemente un corazón insensible que identifica la miseria material con la pobreza real.

El otro peligro es mirar al sufrimiento con pena. La pena es una comprensión errónea de la compasión, es situarse en un plano diferente a aquel que sufre, contemplando con lástima la “mala suerte” de esa persona, apartando la mirada de la misericordia de Dios y olvidando que esa persona es llamada al amor en su sufrimiento. Cuando miramos con pena nos olvidamos de que todo ser humano tiene un camino de salvación escogido por Dios y que, por tanto, tiene todo aquello que necesita para ser feliz aquí en este mundo. Con la compasión (padecer con), acompañamos en el sufrimiento a esa persona como Cristo nos acompaña a nosotros, sufriendo con nosotros.

Por esta razón, el contacto con el sufriente nos enseña lo que es la auténtica compasión, valorando el sufrimiento real y aprendiendo a acompañarlo, confiando en que la gracia de Dios está realmente presente en aquel que padece.